



testimonio

Cuando ver películas es lo mismo que aprender

Por Paulina Simon

(paulinasimon@gmail.com)

Cuando estudié en el colegio tuve un par de profesoras a las que les encantaba que todo nuestro aprendizaje tuviera un contenido lúdico o artístico. La maestra que dictaba la materia de Literatura hacía lo mejor posible con las lecturas aburridas que teníamos en esa época en el pènsum de literatura española clásica. Ella logró que pusiéramos en escena *Fuenteovejuna*, que hiciéramos un cómic del *Mío Cid*, que filmáramos un cortometraje de *La Celestina*. Así daba la impresión de que aprendíamos algo, o al menos entendíamos mejor los argumentos de esas obras áridas para nosotros a los 16 años.

La profesora que nos daba clase de Economía, al ver que no entendíamos nada, hizo que organizáramos una bolsa de valores. Estuvimos durante varias semanas creando documentos, compañías, moneda y todo un sistema. Después, fuimos los corredores de bolsa para los chicos participantes de otros cursos. Fue una de las situaciones más divertidas, aunque tensa, de todo mi tiempo en el colegio. Nunca

fui muy buena en llevar cuentas y fui la peor corredora de toda la bolsa, pero la pasamos bien.

En ese tiempo me habían convencido que nosotros, los de “sociales” -estudié en el tiempo en el que se elegía especialización- éramos los vagos, los que se pasaban jugando, actuando, haciendo payasadas en lugar de estudiar. Yo, a pesar de lo bien que pasé en esos años de colegio, a diferencia del tiempo en el que estudiaba física y dibujo técnico, sentía que tal vez algo de lo que nos decían los “físico-matemáticos” y los “químico-biólogos” era verdad. Tenía la impresión de no saber nada y esa sensación me acompañó durante muchos años.

Sentí como si se hubiera cruzado en mi destino, y todo lo que yo había creído que quería ser o hacer cambiaría ahora gracias al cine que ella puso frente a mis ojos y en mi vida.

Cuando entré a la universidad, la primera clase que tuve fue de Narratología y el profesor se dedicó toda la clase a aventarnos (porque no hay otra palabra que se parezca a lo que hacía) verbos para que conjugáramos en diferentes tiempos verbales que nos lanzaba a la par. Salvo unas excepciones, casi nadie podía. Recibimos una larga lista de insultos por esa destreza no adquirida en el colegio o en la escuela. Igual sucedió más adelante cuando recibimos otra serie de improperios por parte del profesor de Apreciación del Arte porque nadie sabía en qué bus ir al Centro Histórico de Quito para la clase, y más adelante cuando alguien se desmayó por estar tres horas de pie viendo arte colonial. Nos dijo que eso pasaba porque todos éramos unos malnutridos que no sabíamos ni comer.

Entonces, sentí que los “físico-matemáticos” y los “químico-biólogos” quizá tenían razón. Ni mi educación previa, ni aparentemente mis hábitos, servían para nada. Estudiábamos y aprendíamos todo lo nuevo con una cierta sensación de mie-

do y vergüenza. Apenas ahora distingo esta sensación ambigua de estar rodeada de adultos que te hacían sentir mal por todo lo que no sabías, por no conocer lo mismo que ellos. Nos trataban como personas inferiores por ser más jóvenes y seguramente por su impaciencia para nivelarnos a estudiantes que proveníamos de los más diversos contextos sociales, étnicos y económicos.

Esta era mi educación, hasta que llegó a mi vida una profesora de Historia. Era cubana. Había llegado al Ecuador hace muy poco y su título era Doctora en Cine. Nunca había escuchado de una profesión tan bella en mi vida. Y esa mujer llegó para enseñarme a mí. Sentí como si se hubiera cruzado en mi destino, y todo lo que yo había creído que quería ser o hacer cambiaría ahora gracias al cine que ella puso frente a mis ojos y en mi vida.

Cada clase, una película, una secuencia, una escena con la luz apagada en una pantalla pequeña. Nunca una recriminación por no saber de antemano. Vimos mil veces la escena final del *Ciudadano Kane* para tratar de entender el misterio de la frase que susurra al final... "Rosebud". Vimos cinco veces *Pulp Fiction* hasta entender lo que significa el montaje. Íbamos al aula como se va al cine, y al cine se va, naturalmente, siempre feliz.

Gracias a ella empecé a incorporar las películas en todas las situaciones de mi vida estudiantil. Empecé a filmar cortometrajes, a ir a la Cinemateca a ver todo lo que ponían en cartelera, y organizamos junto a esta maestra el Primer Festival de Cine y Video estudiantil de los Países Andinos. Entonces, aprendí otras cosas sobre la comunicación, la producción de eventos, a hacer gestiones y a organizar charlas, foros y presentaciones, todo en función de poder exhibir cine, a fin de que otras

personas lo pudieran ver y emocionarse como yo me emocionaba. Sabía algo o seguía jugando a que sabía algo.

Pasaron muchos años de esa época hasta que pude ser profesora por primera vez. Hace muy poco desempolvé mis apuntes del tiempo de mi maestra. No me acordaba que, además de las clases que me dictaba en la facultad, yo había tomado con ella el mismo curso dos veces como oyente en otras facultades. Todas mis notas para las clases que yo dicto hasta el día de hoy están basadas en las notas que tomé entonces.

Mi experiencia como docente ha sido siempre desde el inicio un compartir de imágenes. Más allá de los datos que le rodean, de la técnica que se requiere para hacerlo, de las cifras y el balance perfecto entre los tres o cuatro actos de un guion, el cine permite conectarse con las emociones que llevamos adentro, conectarse con el otro de un modo estético y ético. En el aula, una película da pie al diálogo y a la reflexión, pero sobre todo invita a elevar el pensamiento a un nivel simbólico, metafórico. A través de imágenes nos adentramos en mundos paralelos, exploramos el carácter humano, vencemos nuestros prejuicios y preconceptos.

A lo largo de mi carrera profesional, mostrar cine a la gente y volverme una mediadora de esa experiencia se convirtió en mi fuerte. Durante una temporada lo hice con niños; muchos de ellos nunca habían ido a una sala de cine, y en el proyecto

En ese tiempo me habían convencido que nosotros, los de "sociales" éramos los vagos, los que se pasaban jugando, actuando, haciendo payasadas en lugar de estudiar.

en el que trabajaba llevábamos imágenes muy diversas y de enorme belleza para mostrar en pequeños poblados, en salas comunales y escuelas. Los niños veían cortometrajes muchas veces sin diálogos, animados, hechos con plastilina o con diferentes técnicas, y nuestro rol era invitarles a dibujar luego de esa proyección para saber qué emociones habían aflorado gracias a esa experiencia estética. Lo hice también varias veces con un cineclub abierto al público y recibí a personas jubiladas que a partir de las películas proponían un debate sobre la tercera edad y sus inquietudes.

El arte de las imágenes en movimiento es cercano, y nosotros, desde el aula de clase somos espectadores activos que con nuestra lectura avivamos la fantasía, alimentamos la realidad, crecemos y aprendemos; aunque muchos creen que si nos estamos divirtiendo no hemos aprendido nada. Pero estoy segura de que hemos dado la vuelta al mundo, que hemos estado parados en los zapatos de miles de seres humanos, que nos hemos identificado, llorado y sentido impotencia y qué, con todo seguridad, lo seguiremos haciendo.

Mi trabajo me ha permitido conocer las historias de vida de mis alumnos, y a ellos la relación próxima con las películas les ha ayudado a aceptar mejor su propia condición humana, a tener confianza, a fortalecer su capacidad de narrar sus propias historias, a ser más recursivos y a acercarse al mundo real y a las personas de carne y hueso con curiosidad y respeto.

Ser docente no es un trabajo sencillo, pero con una buena herramienta a la mano, como fue el cine para mi maestra hace casi 20 años y cómo es hoy para mí, hace que enseñar y aprender sea solo cuestión de pasarlo bien.